

Nunca Sueños Vol. V

Fatima Martinez



Nunca Sueños Vol. V

Por Fátima Martínez

Capítulo 1



Capítulo 7

Soy la que lee y subraya los libros de mesa

Después de las primeras vacaciones decembrinas, Natalia, Paula y yo pudimos interrumpir nuestros deberes y fuimos al Starbucks de la Plaza 401, solo porque nos trae buenos recuerdos de la universidad; hablamos de nuestros negocios y las fiestas que acababan de pasar. A la mitad de un moka blanco y un cigarro, sonó mi teléfono.

— Niñas, es Lola, nunca me habla, algo pasó —dije. Lo único que percibía era bullicio, me alejé hacia otro extremo de la terraza. —. Lola, no te entiendo nada, ¿está todo bien?

—Que por favor vengas a la tienda, estoy sola y hay muchísima gente.

—¿Es enserio? ¡Llego en diez! —grité emocionada.

Regresé a la mesa avisando lo sucedido y, por nuestros gritos, provocamos las miradas de los presentes. Natalia se ofreció a ayudar, así

que nos despedimos de Paula y salimos corriendo hacia mi coche.

Cuando llegamos a la bodega vimos que estaba lleno por una demostración de comidas presentada por Armando y, al parecer, a muchos de estos asistentes les dio curiosidad mi tienda y por el poco espacio Lola necesitaba ayuda para organizar el área del probador y cuidar que no se robaran los productos mientras cobraba.

—Ok, tú atrás y yo en frente. —indicó Natalia al entrar.

Fue electrizante ver a todas esas personas entrando y saliendo, caminando de un lado a otro y, lo mejor, los niños tenían una gran experiencia en la tienda, escuchaba a las niñas gritar un <<guau>>, a los niños decir <<ésta es como la que quería>> y por un momento quise llorar pero había prioridades.

Noté que había un desorden en la fila de la caja y fui a indicarles a los clientes la manera de no entorpecer el tráfico del local, así que tuve que dejar el probador y me volvía loca regresando a ese lugar cada cinco minutos.

Mientras jugaba con unos gemelos, llegó un adulto joven, muy guapo, el cual llamó la atención de algunas, ya que había mayoría de mujeres en la tienda.

—¿Te puedo ayudar en algo? —dijo él al mismo tiempo que yo.

—¿Le puedo ayudar en algo?, ¿qué?

—Que si ocupas ayuda. —dijo riéndose.

—¿Porqué, quién eres? —contesté desconcertada.

—Porque veo que necesitas staff. Me llamo Ricardo, soy amigo de Paula.

—¿Amigo de dónde?

—Del Starbucks.

No entendía nada de esa conversación pero él se estaba ofreciendo a ayudar y yo no tenía tiempo de pensar.

—Ok, ok, ok, ¿te puedes encargar del probador?, solo les dices a los clientes cuando esté desocupado y antes que entre el siguiente cliente sacas la ropa y la cuelgas aquí. —señalé el rack que estaba en la salida del probador. Le dije mi nombre y quién era Lola.

—No te preocupes, yo me encargo.

De inmediato sentí un ambiente mas ligero y solo atendía a clientes indecisos.

—¿Y ese, qué? — me preguntó Natalia en secreto refiriéndose a Ricardo.

— No sé. Me dijo que era amigo de Paula y se ofreció a ayudar, así voluntariamente.

— ¿Y le vas a pagar? —ambas mirábamos a Ricardo.

— No sé.

— No está nada mal, le puedes pagar con ya sabes qué. — se burló mientras volteaba a ver a mi cuerpo.

— ¡Ponte a trabajar! — le dije avergonzaba.

Gracias a esa conversación pude notar que Ricardo me observaba y, varias veces, cruzamos miradas mientras yo atendía a alguien.

Después de una hora llegó la tranquilidad, sólo había un par de clientes y nos sirvió para el re acomodo, le hice saber a Ricardo que no necesitaríamos su ayuda.

—Me puedo quedar a limpiar el probador mientras ustedes arreglan todo esto; los niños llenaron las paredes con gis —señaló el resto del local y añadió —. Está muy bonita tu tienda y la mercancía está increíble, ¿tu diseñas todo?

—Qué amable, no, somos un equipo de diseñadores.

—Pues muchas felicidades.

—Gracias, ¿quieres alguna propina o descuentos por lo que hiciste hoy?

—No. Me voy entonces, ¿dices que cierras en una hora?

—Sí.

—Perfecto, hasta luego, Vanessa. —me dio un beso en el cachete que me dio la impresión que estaba marcando territorio e hizo sentir incómoda.

Natalia y Lola me sonreían mientras lo acompañaba a la salida y apenas cerré la puerta me gritaron alentándome a hablarle e invitarlo a salir, lo

que hizo que el ambiente se aligerara en la tienda.

Sin clientes y sin Natalia, Lola y yo hicimos inventario y descubrimos que vendimos ochenta prendas en unas horas.

Cuando Lola se fue comencé a limpiar la tienda, el piso era un desastre pero relucía el éxito de hoy, arreglé algunos informes y el probador hasta que pude apagar todas las luces e irme a casa.

Al salir, escuché mi nombre que venía de una voz masculina. Ricardo esperaba en el Por aquí, por favor. —¿Ricardo, quieres tu propina? —me reí.

—No, ni al caso. Dijiste que salías a las seis, son pasadas las ocho.—
señaló su reloj.

—Me quedé limpiando y arreglando pendientes. Tenías razón, el probador quedó muy sucio. —no sé porqué le daba explicaciones.

—Te dije.

—No te iba a poner a limpiar después de ayudarme.

—Como sea, ¿Quieres cenar?

—¿Contigo?

—¿Hay algún problema? —frunció el ceño.

—No, pero no te conozco ¿Irás Paula?

—No creo, pero conozcámonos. Eventualmente vas a cenar, ¿no? Yo también. —lo dijo con un reluciente acento norteco.

—A ver, para empezar, ¿de dónde conoces a Paula?

—Del Starbucks.

—¿Cuál Starbucks? Paula no va a Starbucks.

—Hoy fue.

—Porque yo la invité.

—Pues de ahí.

—No entiendo nada.

—Vamos a cenar, Vane. ¿Qué tal el Zitla?

—No, hoy es martes y es imposible encontrar mesa y estacionamiento.

—¿Entonces?

—No sé, Ricardo.

—¿No sabes dónde o no sabes si quieres?

—Bueno, sólo porque hoy me ayudaste. Vamos a un Panem.

—¿A Cuál?

—Sígueme, mi camione...

—No, te llevo y luego te regreso a tu carro. Vamos. —lo que confirmó mi prejuicio de su placer por tener el control, y entonces despertó en mí un deseo de demostrarle que yo también podía hacerlo.

—Ok. — Su carro estaba pulcro, típico hombre que tiene mas limpio su carro que su propio cuarto, escuchaba Calle 13.

Los comentarios de Natalia me invadían hasta los nervios, el recuerdo de las miradas que cruzamos en la tienda no dejaban concentrarme en el momento.

—¿Te importa si fumo? —le pregunté, mientras sacaba un cigarro y mi encendedor. Creo que quería intimidarlo.

—No, de hecho te voy a acompañar. —sorpresivamente sacó una cajetilla de cigarros del bolsillo interior de su saco.

—¿Fumas? —pregunté derrotada.

—Sí, sobre todo cuando salgo ¿tú?

—También, desde que abrí la tienda no he podido fumar como me gustaría pero cuando salgo y tomo cerveza ni los cuento. —ahora estaba nerviosa.

Cenamos mientras intercambiamos nuestros gustos, hablamos de la tienda, construcción y qué hacíamos ese día en Starbucks.

—Tenía una cita con un contratista de la constructora y justo cuando entré me marcó para decirme que no iba a llegar, como tenía la tarde libre decidí quedarme por un café y me salí a la terraza a fumar —levantó la

cajetilla de cigarros de la mesa— y vi cuando llegaron ustedes tres.

—¿Y no fuiste a saludar a tu amiga Paula? —me burlé.

—No, nos hicimos amigos después que ustedes se fueron. —se rió.

—Cuéntame.

—Escuché la conversación que tuviste por teléfono y me llamó la atención, estaba justo en frente a ti, seguro me viste, vi cuando regresaste con tu amigas y el entusiasmo que tenían me dio mucha risa, después tú y Natalia se fueron y me acerqué con Paula para preguntarle.

—¿Preguntarle qué?

—Por ti.

—¿Y qué te dijo? Espero que no le hayas creído.

—Nada, me dijo tu nombre y la dirección de la tienda, fue todo.

—¿Seguro?

—Claro. Otra cerveza —ordenó a la mesera —¿Y a qué hora abres la tienda?

—A las once.

—Ah, ya tarde.

—Tarde para ti, para mí esa hora todavía es la madrugada.

—¿Cómo crees? si casi es medio día. Vamos a desayunar mañana a las nueve de la madrugada.

—¿Me estás preguntando?

—Sí.

—No puedo, mañana a las nueve de la madrugada debo ir a la que fue mi universidad para firmar unas horas de prácticas profesionales a los diseñadores que me ayudan.

—Mujer ocupada, ¿porqué siento que tener una segunda cita contigo va a ser difícil de lograr?

—¿Segunda?

—¡Oye! cena, bebidas, luces tenues, dos personas, es una cita.

—Buen punto, pero, te repito, no puedo.

—¿La próxima semana?

—Te he dicho que no dos veces, ¿porqué te diría que sí la tercera vez?

—asintió con la cabeza y evadió mi respuesta.

Ricardo era un hombre culto y me hacía reír con su sarcasmo; todo fluyó hasta el momento de pedir la cuenta donde pasamos por un momento incómodo porque ambos queríamos pagar pero al final tuve la mano más rápida.

Su seriedad fue obvia al salir del restaurante y cuando llegamos a su carro no me abrió la puerta.

De regreso a la bodega la conversación fue forzada. Se estacionó del lado izquierdo de mi camioneta y ante tal incomodidad bajé inmediatamente del auto, de pronto, Ricardo se paró frente a mí.

—Vanessa, Vanessa... —suspiró.

— Una vez más, muchas gracias por lo que hiciste hoy, no hubiéramos podido las tres solas. —sonreí.

— ¿Me das tu teléfono? —busqué mi tarjeta de presentación y se la di.

—Aquí no viene tu celular. —me dijo mientras fruncía el ceño.

—No me pediste mi celular, ahí vienen los teléfonos donde me puedes localizar y tienen un quince por ciento de descuento en cualquier vestuario a la medida. —lo dije imitando su tono coqueto y retador.

—Ok, así va a ser esto entonces —se rió y se acercó a despedirse con un beso en la mejilla. —. Buenas noches, Vanessa. Maneja con cuidado. —y cerró mi puerta.

Mientras manejaba llamé de inmediato a Paula y cuando apenas contestó le reclamé el haber compartido información a un desconocido, y carcajeó toda la llamada. Al final prometió no volverlo a hacer.

Mis Nunca Sueños me regresaron la esperanza; poco a poco me demostraron la luz en mi camino y hoy destellaron por horas que parecieron un suspiro lleno de experiencias inimaginables, sensaciones desconocidas pero ansiadas por mucho tiempo y me devolvieron la

facilidad de sorprenderme gracias a la cercanía con los niños. Hoy, estos sueños, me demostraron cuán feliz puedo ser, que no llegan en vano y que mis manos servían para la felicidad de otros.

Con esta adrenalina regresé a los informes, las estadísticas, la revisión de tráfico en la página web, redes sociales, los horarios de las costureras, el avance de los pedidos, las tareas de los practicantes y el saldo actual de la marca, a pesar del éxito de hoy seguía estando al límite, a penas se podrían liquidar los gastos fijos.

Cuatro horas de sueño después, fui a firmar las prácticas de los diseñadores. Saludé a mis maestros, Edgar y Rosy, quienes se emocionaron cuando les conté mi anécdota del día anterior.

—No le pongas tanta energía en averiguar el porqué ese día fue así, simplemente continúa haciendo lo correcto y que lo de ayer sea una prueba de tu buen trabajo.— me dijo Edgar y fue la primera vez que hablamos como colegas.

Después de firmar las prácticas, saludé a los diseñadores para contarles que dado al éxito del día anterior quería volver a hacer la colección pero no les agradó lo que escucharon.

Con sus comentarios en mente regresé al taller para re hacer el pedido de las telas que utilizamos en esta colección pero al escuchar el monto confirmé que no era buena idea; aún no sabía qué hacer, así que lo primero que se me vino a la mente fue adelantar el lanzamiento de la próxima colección y re ajustar el acomodo de la tienda para que no se viera vacía.

No tenía una inspiración clara, solo sabía que esta colección le debía dar oportunidad a la propuesta, la que decidiría si la intención de la marca era la adecuada. Y, como me veía apurada, el síndrome del diseñador no inspirado se apoderaba de mí mientras navegaba por Pinterest, la WGSN, Pantone, Style.com y Twitter. Por suerte, antes de la hora de comida, pude terminar de investigar y elegir las tendencias que utilizaría. Decidí ir al Carl's Jr. con el área de juegos más grande en Monterrey para estar cerca de los niños y observar si había alguna pista para mi inspiración pero fue en vano, lo único que me percaté era que querían sentirse cómodos, pero eso era bastante obvio.

Fui a una tienda de telas a comprar un lino blanco y escuché la conversación de una mamá con sus dos hijas donde la mamá les mostraba telas lisas de colores pasteles, algunos satinados y otros mate, las niñas respondieron: <<No mamá, ese no esta cool. Tu no sabes lo que esta cool, mira éste esta cool>> señalaron una tela de algodón con estampados simulando un patchwork y llegó la respuesta a mi cabeza. Lo cool, la razón por lo que inició todo, darles una forma de expresión a

través de la creatividad y la comodidad; el sello de First Jump es lo cool pero la definición de las niñas y los niños.

Tenía una tarea monumental al tomar esa decisión, debía encontrar la respuesta, explicarla y hacer moodboards.

Me fui rápidamente al taller para empezar a trabajar, llamé a los practicantes para informarles de mi decisión y asegurarles que al siguiente día tendrían el moodboard y trendboard, aceptaron el reto y se emocionaron al saber que no harían ningún board, aunque es la primera parte del proceso de diseño son tediosos de hacer y yo sabía que, a pesar de tener imágenes que describieran la idea, tendría que ponerla por escrito, nunca me he caracterizado por hacer los mejores moodboards, los trendboards no los hago tan mal pero explicar sin palabras, es imposible para mí.

Cuando llegué al taller había dos clientes con sus hijas, ambas aproximadamente de ocho años, fueron a hacer cita para su vestido de primera comunión, platicué con ellas y acordamos en sus respectivos estilos. Después de darles mis datos, me ponía cómoda en mi oficina, consciente que estaría ahí por un largo tiempo.

No sabía por dónde empezar con la definición de lo cool, busqué en mis libros, en internet, pregunté a mis amigas pero todas las definiciones eran diferentes e incongruentes.

Recibí una llamada que pensaba que era de alguna de las nuevas clientes; siempre olvidan un último detalle que resulta ser el más importante.

—Vanessa Vera. —contesté.

—Hola, Vanessa, habla Ricardo.

—Ricardo... —hice una pausa pretendiendo desconocerlo.

—Muy graciosa, el amigo de Paula. —ambos reímos.

—¡Ah, claro!, ¿cómo conseguiste mi celular?

—Por Marta.

—¿Cuál Marta, porqué siempre me respondes lo más inesperado?

—Marta Ortiz, la que fue a pedirte un vestido.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté inquieta.

—Marta es una arquitecta de la constructora y sabía que iba a necesitar un vestido, yo quería tu celular así que la mandé. Pude habérselo pedido a Lola pero sé que te gusta trabajar.

—¿Y también mandaste a Ana?

—¿Quién?

—Ana Gonzalez, llegó al mismo tiempo que Marta.

—No sé, seguramente le dijo a una amiga. Oye, ¿cuándo me vas a invitar a la segunda cita? Tengo libre hasta el viernes porque el sábado es el cumpleaños de mi mejor amigo, a menos que quieras acompañarme. —su prepotencia era insoportable y más por la situación que me encontraba.

—Ricardo, desde ayer te estoy diciendo que no puedo.

—La última vez tu elegiste el lugar, pagaste, Vane. —me ignoró.

—Tu manejaste.

—Porque soy un caballero.

—Mira, salí contigo en agradecimiento por lo que hiciste, nada más. Ahora volveré al trabajo que, como te he repetido, debo terminar muchas cosas y a parte tengo dos clientes más, gracias de nuevo. Bye. —colgué.

Ni siquiera pensé en lo que había hecho, mi pensamiento se bloqueó y de inmediato regresé a la definición de cool. ¿Qué factores construyen lo cool para los niños?

Volvió a sonar mi celular con el mismo número.

—Vanessa Vera.

—Vamos a cenar hoy. —ordenó.

—Déjame en paz.

—¿Quieres que le diga a Marta que cancele tu pedido? Cena conmigo.
—amenazó.

—Amenazarme solo hace que me sienta insegura. Colgaré. —le advertí.

—¿Sabes qué, Vanessa? Bien, ya no te voy a buscar, tú ganas.

—No tengo nada qué decir. —si se tratara de una persona que no me interesa le habría colgado de inmediato o incluso nunca hubiera

contestado; mi curiosidad crecía con cada frase que le escuchaba.

—Es que no sé porqué te cierras tanto, eres una persona interesante y quiero seguir conociéndote, nada más.

—No puedo. —le dije despidiéndome.

—Mucho gusto, Vanessa. Adiós. —noté su frustración al colgar.

Después de 45 minutos tenía la descripción de lo cool, ahora faltaba buscar imágenes. Cuando tomé un buen ritmo de trabajo era hora de cerrar, escuché que Norma Alicia, la patronista, entró a mi oficina a despedirse y desearme suerte, apenas la volteé a ver, ya que mis ojos estaban en la computadora cuando le dije adiós y solo cerró la puerta. Con el tiempo todas en el taller conocían mis manías y formas de trabajar por lo que hizo caso omiso a mi falta de educación.

Ahora estaba sola con mi computadora, trabajando lo más rápido que podía pero no parecía ser suficiente; no me había sentido así desde mis parciales en la universidad, me reí un poco de lo que pensé, esos recuerdos siempre me traen una sonrisa al rostro.

Eran las doce de la noche cuando pude irme a casa.

Antes de dormir Ricardo apareció en mi mente, recordaba nuestra cena para conocer exactamente qué era lo que me hacía confiar en él, el porqué le daba explicaciones pero lo único que retuve de esa noche fueron sus ojos grandes y modales tan elegantes.

Dos semanas después, no había tenido contacto con Ricardo, la colección estaba a punto de terminarse y todo estaba bajo control.

Milagrosamente la tienda había sobrevivido con la cantidad actual pero la tienda en línea crecía en la ciudad de Querétaro y no tenía un punto de venta ahí, así que me dio la tarea de buscar uno desde lejos, tal vez sería mejor abrir una tienda allá, no me molestaría vivir ahí unos meses.

Los días en la tienda se volvían monótonos y el taller perdía sentido de diseño único y se hacía una fábrica de producción masiva. Los clientes querían el mismo vestido para sus hijas, con los mismos detalles y los mismos cortes; en cada presentación daba tres propuestas, una allegada a mi intuición, otra era la que estaba funcionando o el vestido más pedido en la marca y otra en donde daba propuesta.

Luego de habituarme en la presión de responsabilidades, el sábado fue un día calmado pero no me sentía cómoda, sabía que debía hacer algo, así que regresé al taller para ver los diseños nuevos y elegir los finales, hice los trazos planos de mis diseños y salí de mi oficina hasta las once de la

noche haciendo todo para enfocarme en diseños textiles la próxima semana y enviar el pedido de las telas lo antes posible.

Fue cumpleaños de Olivia el siguiente fin de semana. Nicole y yo organizamos una reunión en San Miguel Allende junto con otras amigas de la universidad y sin más que contar fueron dos días llenos de risas, cerveza y mezcal. Algo que no sabía que necesitaba y benefició mi trabajo de los siguientes días.

Cuando regresé, el reacomodo de la tienda, las nuevas fotografías y hacer citas con los padres de familia para que sus hijos fueran los modelos me mantenía ocupada.

Todo parecía estar bien, yo me sentía así, hasta que bajé de mi nube y me di cuenta que había descuidado el área de costura del taller y, al llegar ahí, confirmé que mi intuición era correcta. Descubrí que nunca entendieron la logística y la explicación de la producción en serie, el resultado final de los vestidos era bueno pero cada una se encargaba de un vestido entero. Ahora reconocía porqué se quejaban de la cantidad de trabajo.

Pedí ayuda a Elías al ver que el método no era el adecuado y aceptó en ir a revisar.

Las costureras se fueron a las siete de la noche y yo me arreglé los lugares de cada una, limpié sus máquinas de coser, cambié agujas, acomodé los hilos por colores e intenté mover lo menos que pude porque conozco perfectamente la rabia que provoca cuando alguien organiza tu desorden.

La falta de inspiración en el lugar era evidente, era un cuarto con paredes blancas y un piso claro; hacía falta algo de color, así que agregué a mis pendientes pintar algunas paredes con colores que ayudaran a mejorar el ambiente laboral.

Elías llegó con un paquete de cervezas Guinness.

—Oye, vienes a trabajar. —le dije al verlo.

—Estas no son horas de estar trabajando, se vale. Ten —abrimos dos cervezas y nos sentamos en la computadora. Suspiró en desesperación al comprobar que las costureras no hicieron caso cuando les explicaron el sistema. --. Simplificaré para que lo entiendan mejor y puedas sacar la información que necesitas, esto nos va a llevar toda la noche, Vane. Ve por algo de cenar.

—Sí, jefe, ¿qué más? —le dije sarcásticamente.

—Es en serio, ni para qué te explico.

Hice lo que me dijo y al regresar, mientras cenábamos, le conté mi viaje de San Miguel y, para mi sorpresa, después de casi cinco semanas, Ricardo volvió a mi conversación. Al contarle mi versión y hacerme ver como la mujer más segura en el mundo, me trajo a la realidad.

—Siempre le has tenido miedo al compromiso o al amor. Nunca he entendido eso de ti. Conoces hombres muy buenos, me cuentas que están saliendo y de repente te llenas de excusas para no seguir con ellos.

—La manía de la soledad.

—¿Ves? Es justo eso, buscas una justificación inteligente y te la crees y piensas que haces lo correcto. La única vez que te he visto salir de tu zona de confort ha sido en la creación de tu empresa pero ahora esto lo usas de justificación. Nunca vas a vivir, Vane.

Terminó de regañarme y ponerme en mi lugar a la una de la mañana cuando salimos del taller.

Aún no lograba crear un lazo personal con mi cliente en la tienda, esa es una de las mejores estrategias en los negocios, sobre todo en los pequeños como el mío. Debía trasladar el lazo que tenía con los clientes de los diseños personalizados ya que, por la cercanía, los conocía a la perfección y sabía que al encontrar esa pieza faltante las ventas incrementarían.

Para crear dicho lazo debía, primero, conocer quiénes son las personas que vienen a la tienda, no bastaba con la descripción que me daba Lola que eran las edades y dudosa demografía, Lola describía a todos comenzando con un <se veía como que era bien...>, para que la estrategia funcionara necesitaba saber los gustos de los y las clientes, sus hábitos, ideologías y lo que fuera posible para ayudar a la creación de campañas interesantes, vender más rápido y, sobre todo, para prevenir problemas pero para darle esta información a Lola debía educarla y eso llevaría una tarde enfocada únicamente en ese tema, una tarde que no tenía libre, menos ahora que el proceso volvía a empezar.

El martes platiqué con Carlos e intercambiamos ideas para las sesiones de fotos, discutimos tanto que tuve que utilizar la técnica de hacer tableros en Pinterest como lo hice con Julio y tardamos casi una hora en asegurarnos de los props que utilizaríamos.

Ese día llegaron telas al taller, revisé cada una con ayuda de Jorge y descubrimos un error de color en la impresión de un textil, me apresuré a

revisar el pedido para darme cuenta que la del error fui yo y no tuve más remedio que cambiar la paleta de colores y pasar un momento vergonzoso con los diseñadores que a que esos colores quedaran registrados en nuestra base de datos.

Fueron dos días de cortes entre Mariel, Jorge y yo que aunque teníamos una lista con los números de piezas, no estaba funcionando. Las costureras se quejaban de no tener las partes completas de las prendas y yo me estresaba al no controlar esos errores. En mi cabeza era algo sencillo pero la ejecución era más difícil.

En cuatro días tuve las prendas que utilizaría para las fotos y adelantar la publicidad.

La sesión de fotos empezó una hora y media después del horario acordado y por no perder tiempo hacíamos todo a la vez: mientras se cambiaban los niños, tomábamos las fotos del lookbook de las niñas, mientras los bebés dejaban de llorar, tomábamos las fotos de los niños y así hasta perder la cabeza. Lo mas difícil fue que, a pesar de las malas circunstancias, debíamos estar de buen humor para jugar con los niños, quiénes aportaban alegría en algunos momentos.

Le había delegado las redes sociales a mi amigo Enrique quien inauguró recientemente una pequeña oficina de social marketing en Guadalajara y, a propósito, le apunté lo mal que la estaba pasando en esa tarea y se acomodó a estar a cargo de mis plataformas. Una vez terminada la sesión le llamé para informarle la fecha en que tendría las fotografías e iniciara con la estrategia.

Tras ocho horas de estar encerrada en el estudio de fotografía tenía la intención de regresar a la oficina a actualizar el inventario pero Lucas me llamó para invitarme a la Bodeguita del Medio, un bar de salsa, había algunos amigos con él, y como no había salido en semanas, decidí asistir.

Al llegar, la decoración me recordó que era el fin de semana de San Valentín que había sido el martes anterior, e hice memoria que las costureras me dieron unas paletas de corazón pero habían pasado tantos eventos desde entonces que lo olvidé. Apenas llegué a la mesa ordené un mojito cuando un amigo de Lucas me sacó a bailar y al ritmo de la salsa me deshice de mis pensamientos, cada vuelta mientras bailaba era como liberarme de un pendiente, la magia de esa música cumplía su propósito en mí. Dos canciones después, regresamos a la mesa para empezar a disfrutar de mi mojito, Lucas notó que mi aspecto fue mejorando, se acercó para hacérmelo saber y lo saqué a bailar en la canción Un montón de estrellas; me encanta cómo baila Lucas.

Disfrutaba del ritmo hasta que en una vuelta volteé a mi derecha para rectificar que era Ricardo quien, tomando una cerveza, me contemplaba

desde su mesa. Paré. Lucas preguntó por mi repentino movimiento, lo evadí, e incómoda, regresamos a la mesa.

Me apresuré a llegar para platicarle a Victoria y Renata la situación en que me encontraba, intentaron voltear a ver a Ricardo disimuladamente hasta que Renata me pidió que la acompañara al baño.

—Ve con él, invítalo a bailar. —me decía.

—No sé si sea el momento, aún no preparo lo que le quiero decir.

—No creo que sea coincidencia que esté aquí, Vanessa. Es ahora o nunca —suspiré—. Si es que quieres, tampoco es a fuerza. Aprovecha que la música no te dejará ser tan seria. Relájate.

Salimos del baño y, por supuesto, me encontré a Ricardo que quiso pasar de largo pero le saludé y volteó instantáneamente -creo que esperaba mi iniciativa- le expresé a Renata, con una mirada, que se alejara, me sonrió y me hizo la señal de los pulgares arriba.

—¿Cómo estás? —me preguntó él.

—Bien, ¿quieres bailar? —sonrió y me ofreció su mano para caminar hacia la pista.

Me sentía extrañamente nerviosa, experimentaba mariposas y pequeños golpes en el estómago. El grupo cantaba Comerte a besos.

—¡Qué apropiado! —me dijo mientras ponía su mano en mi espalda y me acercaba hacia él. Sonreí y evadí su mirada. Pensé estar en una película donde todo pasaba en cámara lenta; era consciente de la posición de sus manos, su cara sobre mi cabeza, la delicadeza con la que me tocaba y lo bien que bailaba.

Al terminarse la noche, me siguió a mi camioneta.

—¿Qué vas a hacer? —comenzó un nuevo plan.

— Ir a casa.

—Vamos a la mía, podremos platicar tranquilos.

—¿Qué me estás proponiendo?

—¡Vanessa! No, sólo quiero platicar contigo, ándale, vamos a tomarnos un vino.

—Ya es tarde Ricardo, mejor otro día.

—¿Porqué dices que no antes de decir que sí?

—Esta bien, ¿cómo le hacemos?

—Espérame aquí, voy por mi carro y me sigues.

Seguir a un hombre con quien había cenado una sola vez, no suena a mí para nada.

No tenía idea si era lo correcto, aunque podía notar, en mis emociones, que él ya me gustaba, seguramente me gustó desde el primer día.

Al llegar a su casa, Ricardo me acompañó a la entrada y cuando abrió la puerta vi una casa que, a pesar de la fachada fría, por dentro se sentía un hogar, un hogar impecablemente decorado, caminamos un pasillo, pasamos la sala y me llevó a una terraza con una vista preciosa.

Platicamos de porqué estábamos en la Bodeguita del Medio; tiernamente me confesó que de no haberme conocido en Starbucks me habría invitado a bailar esa noche.

—¿Y en dónde están tus papás? —le preguntaba para romper el hielo.

—En Guanajuato, mi papá sale todos los fines de semana por trabajo, es raro cuando pasa un fin de semana aquí.

—¿Y tú qué haces? No te he preguntado.

—Te dije, soy ingeniero civil.

—Sí pero ¿ejerces o no, dónde trabajas?

—Soy consultor de proyectos en la constructora de mi papá y sí, sí ejerzo.

—Ah, entonces eres ingeniero de oficina. —se rió al escucharme minimizar su trabajo.

—Sí pero, en mi defensa, empecé desde abajo. A mis trece años, mi papá me ponía a trabajar con los albañiles, incluso hice como tres paredes en todo un verano. —fue su dulce respuesta.

—Vi que tienen un piano, ¿quién toca de tu familia?

—Yo, desde los siete estuve en clases. —me dijo y yo me quería morir.

Eliminarlo de mi vida no era opción.

—Yo también toco el piano, solo lo básico pero me ayuda a liberarme del estrés y en mis tiempos libres es un gran escape de la realidad.

—Eres un estuche de monerías, ¿y porqué quisiste aprender piano?

—Una vez, en Navidad, me acuerdo perfecto, vi un concierto de la Orquesta Filarmónica de Viena en la televisión y yo quedé, literalmente, encantada de una pianista que mandó un hechizo a todo el público con su interpretación, me asombró su elegancia, las emociones que transmitía y nada volvió a ser igual. ¿Y tu porqué estudiaste piano?

—Mi abuelo paterno tocaba la guitarra y nos cantaba canciones infantiles, como a los seis años me regalaron un piano de juguete y descubrí dos notas que se escuchaban igual a lo que nos tocaba mi abuelo y ahí fue mi primer descubrimiento de música, se escuchaban igual pero diferente y me gustó más el piano que la guitarra y por eso. —esta es la magia de los desconocidos, sus historias; me sentí afortunada de poder escuchar algo así.

Ricardo sacó su celular y puso música de Isaac Shepard, sonreí apenas escuché los primeros acordes y él me sonrió de regreso.

—Leaves in the wind? —pregunté para cerciorarme del título.

—¿Lo conoces?

—Sí, siempre leo con su música.

—Yo también. —me sonrió.

Eran casi las tres de la mañana y yo debía estar en mi casa pronto así que sin siquiera dar una introducción llegué al tema.

—Creo que pudiste notar que soy algo cerrada; me gustas, Ricardo, pero me espantó la forma en cómo apareciste en mi vida y después tu amenaza no ayudó para nada. Disfruté mucho la cena, pero hubieron situaciones en las que que no me escuchabas o ignorabas mi opinión y eso no lo soporto. Hoy te invité a bailar, poco a poco intentaré ceder, si es que estás interesado aún, pero, escúchame, toma en cuenta lo que digo y respeta mis horarios, sé que porque no me conoces no lo tomas en cuenta pero si te dije que sí la primera vez es porque... —volteé al suelo buscando palabras— quería estar contigo.

Se quedó un momento pensando hasta que, por fin, habló.

—Ok, entonces las cosas van a ser lento contigo.

—Muy lento.

—¿Qué tan lento?

—Fines de semana únicamente lento.

—No, no puedo. No, no.

—Esta semana comenzó la producción de la nueva colección, después siguen promociones en redes sociales, citas con el diseñador gráfico, con el diseñador web, contadores, gobierno, escaparates. Estaré llena de actividades las próximas cuatro semanas. —¿porqué le seguía dando explicaciones?

Puso su mano sobre mi rodilla, con la palma hacia arriba, invitándome a poner mi mano, lo hice y notó mis heridas.

—¿Qué te pasó?

—Cortadas de alfileres.

—Pensé que no cosías.

—Ya no lo hago tanto, pero antes de la tienda sí cosía bastante.

—¿Y esto? —me preguntó apuntando las palmas de mis manos dañadas.

—Es por no saber barrer, me salen ampollas porque barro todos los días la tienda y el taller. —sonrió.

—Me gustas mucho, Vanessa Vera.

—Me voy.

—Ok, el próximo sábado vamos a ir a jugar tenis, desde temprano.

—No, no me gusta el tenis, ni siquiera lo juego bien.

—¿Porqué dices que no antes que nada? Y la vez pasada decidiste tú, me toca.

—Está bien, pero no te esperes que la pase increíble o quieras un juego en serio porque no sucederá. Conozco mis límites.

—Es una cita, entonces.

Me acompañó hasta mi camioneta y me pidió que le mandara un mensaje cuando llegara a casa.

Tuve que preguntar su número, después de un mes desapareció de mi lista de llamadas, pregunté su apellido. Ricardo Salinas.

Oficialmente estaba saliendo con alguien y eso me gustaba.

El flujo de dinero era bueno y hasta el momento no me había atrasado en ningún pago del préstamo, sin embargo, habían pasado dos meses en los que desconté mi salario para completar el de algún trabajador. Era obvio que estaba cometiendo un error o tal vez dos. Y para prevenirlos quería crear dos o tres colecciones por adelantado y así trabajar sin un deadline tan limitado en las colecciones futuras, como se hacen en las grandes casas de modas, esto traería un mejor resultado de producto y la propuesta por fin sería la que siempre había añorado.

Para lograrlo, sin que afectara el trabajo en curso de los diseñadores y sus tiempos en la escuela, sería yo la que diseñaría dos colecciones enteras para que ellos pudieran crear y complementar desde esas ideas, entregarles un calendario organizado y adelantar la junta de selección.

Fue como volver a empezar pero con un tiempo definido, al menos, al inicio así se sintió, la investigación no fue nada fácil, antes, por la proximidad de tiempo, podía predecir cuáles tendencias funcionarían pero esta vez debía hacer lo que Lagerfeld y Gaultier, confiar en sus instintos y simplemente dar a conocer su propuesta siendo fiel a su estilo y mercado.

Mi periodo de gracia terminaba y las ventas mostraron un ritmo lento en los últimos dos meses por lo que prioricé resolver ese problema un martes que laboraba horas extras -la verdad es que no sé si les debería llamar de esa manera, desde que inauguré el taller ese tipo de horario ha sido lo más constante en mi proceso de emprendimiento- e hice una planeación para los siguientes dos meses en los cuales haría espacio para la creación de dos colecciones por adelantado: otoño/invierno y primavera/verano. Como es mi costumbre, planeé tiempos imposibles, según el nuevo horario, en cuatro días tendría la investigación de la colección lista.

Elegí como inspiración las flores porque había ido a casa de Zoe y uno de sus libros acerca de la vida en el planeta llamó mi atención; esa es una forma de elegir la inspiración, prefiriendo un tema del cual se desea aprender.

Es importante contar con un tiempo definido porque ese lapso que se dedica a la investigación es relativo. Entre más se lea, vea y/o escuche

mejor será el resultado y se tendrán más elementos para inspirarse y diseñar, es decir, más recursos equivalen a más espacio para crear.

Bastó el envío de un correo electrónico a los practicantes para mudarme de manera permanente a la oficina, incluso remplacé mi sillón por un sofá cama, era muy útil de cuatro a siete de la mañana: las horas que me permitía dormir. Mi dieta se basó en cafés y donas de una tienda de conveniencia cerca del taller.

Después de cuatro días de sumergirme en investigación, llegó el sábado y mi segunda cita con Ricardo que fue en la cancha de basquetbol del Parque Mirador de Colinas. Cuando llegué, él me esperaba afuera de una camioneta Ford F-250 Super Duty plateada, no podía ser más ingeniero civil.

Vestía unos shorts para jugar basquetbol y una playera negra holgada sin mangas, me abrió la puerta y me saludó con un beso en la frente.

— ¿Lista?

— Super lista, ¿qué es eso en lo que llegaste? — le dije mientras bajaba la pelota de la parte de atrás de mi camioneta.

— ¿Mi camioneta, la quieres ver por dentro? — me dijo algo emocionado lo cual me dio ternura porque yo tenía toda la intención de burlarme.

— Eso no es una camioneta, es un chiste.

— Claro que no.

— ¿Entonces porqué me estoy riendo?

— Porque no entiendes nada. — cambió de tema. — &iques